

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XI

DÍAZ EN UN CONGRESO HABLANTÍN

Juárez había ganado su gran batalla para lograr la separación entre el Estado y la Iglesia, pero México aún no era una nación, salvo de nombre. Europa se burlaba de él mientras luchaba contra un Congreso ruidoso, celoso y obstructivo en medio de un territorio donde casi no existía el comercio, la industria o el crédito, plagado de bandidos y secuestradores en todas partes y todavía acosado por ladrones armados que peleaban con Márquez, Cobos y Tomás Mejía.

Las condiciones caóticas del país se reflejaban en el clamor lleno de incoherencias de los diputados, quienes peleaban entre ellos y con el presidente día tras día. Los elementos reaccionarios derrotados en el campo de batalla; los diversos estados, habituados a considerarse con soberanía absoluta; los intrigantes de los gobiernos extranjeros, y los radicales extremos, que presionaban para aplicar medidas violentas, todos encontraban voces directas o indirectas en el Congreso. En realidad, 51 diputados firmaron una petición para que Juárez renunciara a su cargo, aunque la singular propuesta fue reprobada por los gobernadores y las legislaturas de todos los estados.

En este extraordinario órgano legislativo, donde traidores y patriotas tenían altercados en los debates, ocupó su sitio Porfirio Díaz, quien fue elegido para representar al distrito de Ixtlán, a cuyos desaliñados montañeses indígenas había adiestrado y encabezado muchas veces en la batalla. Dejó a un lado su uniforme para vestir la levita y el sombrero de copa del legislador, pero nadie podía confundirlo con la raza de políticos. El oaxaqueño se había recuperado en parte de sus heridas, y aunque los estragos del tifo lo habían hecho adelgazar, la figura erguida, la mandíbula cuadrada, la mirada de león, y su porte severo lo señalaban como el líder con el que tendrían que vérselas.

En su larga carrera de victorias militares y de estadista constructivo, Díaz siempre mostró una antipatía desdeñosa por el parloteo legislativo. Esta aversión por la actividad favorita del político latinoamericano tuvo su origen, más allá de toda duda, en el Congreso mexicano de 1861, donde Díaz vio a sus colegas confundir y destruir sin miramientos al poder ejecutivo del gobierno en una situación que requería apoyar la autoridad concentrada con la fuerza, mientras en las galerías resonaban risotadas y aplausos.

Juárez parecía tener poca influencia en el Congreso. Uno de los diputados, don Ignacio Altamirano, un indígena puro y famoso como escritor mexicano, se puso de pie y, al referirse al intento de Juárez de lograr la paz mediante la amnistía, agitó a la muchedumbre de las galerías cuando dijo con audacia:

El señor Juárez siente y ama los ideales democráticos, pero me temo que no los comprende; y el motivo de mi temor es que no muestra capacidad para ejercer acciones vigorosas, sostenidas y enérgicas, como las que exigen las actuales circunstancias [se entendía que el gobierno estaba a favor de una ley de amnistía]. Necesitamos otra clase de hombre en la presidencia. El máximo servicio que el presidente podría prestar a su país sería renunciar, porque es un obstáculo para el progreso de la democracia.

Díaz escuchó en silencio al orador, pero se le vio un gesto adusto, que mucho tiempo después recordarían sus compañeros.

Mientras el Congreso sesionaba en la tarde del 25 de junio de 1861, una banda de guerrilleros conservadores, encabezados por el general Tomás Mejía, atacaron audazmente la capital en el cuartel de San Cosme. Los diputados se hallaban en medio de otro ataque retórico a Juárez.

Don Juan A. Mateos se puso de pie y gritó: “Es inadecuado sostener un debate en el momento en que están atacando a la capital, cuando el general Valle cuelga de una cuerda en el camino a Toluca, y cuando nosotros, los representantes del pueblo, pronto podemos colgar de los postes en la plaza con la Constitución atada al cuello; por lo tanto, propongo dar por terminada la sesión.”

En ese momento, otro diputado se levantó y exclamó: “Esperemos aquí para recibir al enemigo como los senadores romanos.”

Díaz se puso de pie. Sus entusiastas biógrafos declaran que extendió las manos, levantó la mirada, y con voz emocionada gritó: “Ante todo soy un soldado, deseo abandonar la Cámara para tomar las armas.” La verdad es que se paró discretamente y en voz baja le dijo al presidente de la Cámara: “Soy un soldado y pido su autorización para abandonar el recinto.” El presidente se la concedió y Díaz se fue, acompañado por el coronel Salinas y otro diputado de Oaxaca.

Algunos de los biógrafos también cuentan una historia descabellada de cómo Díaz guió a un grupo de soldados por la capital y después de feroz batalla puso en fuga a los guerrilleros que sufrieron grandes pérdidas. Los hechos llanos son que cuando Díaz llegó a su hotel, apareció su criado con un rifle y Díaz corrió a pie en dirección de la batalla, mientras el criado iba a buscar un caballo. Al llegar a la iglesia de San Fernando, encontró que la brigada de Oaxaca, que estaba allí acuartelada, había repelido al enemigo. Su criado lo alcanzó con caballo, rifle y cinturón de municiones. Díaz montó en el caballo, aún vistiendo de levita y sombrero de copa de seda. Su vieja herida evitó que llevara cartucheras alrededor de la cintura, de modo que abrochó el cinturón en su hombro y, con el rifle en mano, se dirigió al frente; pero el enemigo estaba en franca retirada. Apenas alcanzó a ver el enfrentamiento de lejos. Más tarde regresó a su hotel, aún con su mismo atuendo y con el rifle y los cartuchos sin usar.

Esta incursión en la ciudad fue un mero simulacro de ataque ordenado por Márquez, cuyo objetivo real era proteger a una columna de sus tropas que viajaban hacia el sur en las inmediaciones de la capital.

Las escenas en el Congreso empeoraron. A los políticos que hablaban más de la cuenta nada les importaba que su país estuviese agobiado por las deudas, que los caminos de un extremo a otro de México estuvieran en poder de asesinos y ladrones, que las grandes naciones exigieran en tono amenazador el pago de indemnizaciones desmesuradas, y que a Juárez, extenuado por su dura prueba de tres años de guerra civil, casi lo aplastara el peso de sus responsabilidades, entre otras la necesidad de gobernar a una nación turbulenta, desmoralizada, con la hacienda pública vacía y el crédito nacional hecho añicos. Mientras los diputados acosaban e insultaban al presidente, los vagos que llenaban la galería silbaban, aplaudían o se mofaban de los amigos de la administración, como si estuvieran en un teatro, el circo o la plaza de toros.

Es fácil entender cómo un personaje, fuerte, sencillo y sincero como Díaz se irritaba en tal ambiente exasperante. El 28 de junio mostró esta actitud al obtener autorización de la Cámara para retomar su trabajo como soldado.

Aun antes de eso se había apartado de los intrigantes y habladores en la capital y, una vez más de uniforme, el futuro presidente de México, que todavía no cumplía sus 31 años, había llevado a su brigada de Oaxaca al distrito del Monte de las Cruces, uno de los sitios que antiguamente frecuentaban los bandidos, ahora infestado por los guerrilleros del enemigo, quienes habían atormentado muchísimo al país. Los sorprendió y los dispersó, limpiando por completo el distrito.

Después de obtener la licencia de la Cámara, Díaz tomó a 230 de sus soldados oaxaqueños, los mismos hombres a los que había transformado en soldados en las montañas zapotecas, y fue con la división del general Ortega, el héroe de Calpulalpan, a buscar a Márquez, El Tigre de Tacubaya.

Con la reducida fuerza de sus leales oaxaqueños y una reserva de zacatecanos, Díaz atacó a las fuerzas de Márquez en el pueblo de Jalatlaco. Comprendía perfectamente lo astuto y violento que era Márquez

y, recurriendo a su táctica habitual, asaltó Jalatlaco el 13 de agosto antes de que amaneciera. El grueso de los enemigos dormían en el atrio de la iglesia del pueblo cuando Díaz penetró en las defensas enemigas. El propio Díaz cabalgaba al frente de su fuerza, y la maniobra fue tan completa que, después de una escaramuza en las calles, el valiente Márquez emprendió la huida. Díaz tomó más de 700 prisioneros y diez cañones. El general Ortega estaba tan complacido con esta victoria que el joven coronel logró sobre Márquez que estrechó a Díaz entre sus brazos y a continuación escribió una carta en un parche de tambor, pidiendo al presidente que lo ascendiera al rango de general de brigada. Ignacio Mejía, celoso de Díaz, trató de disuadir a Juárez de concederle este honor, haciendo hincapié en que conferirle ese alto rango a alguien tan joven enojaría a los oficiales de mayor edad que servían en grados inferiores. No obstante, el presidente expidió el despacho.

Después de la batalla de Jalatlaco, los 18 oficiales apresados en la acción fueron amarrados, y la generalidad de los prisioneros, más de 700, obligados a ponerse pecho a tierra en el atrio. El general Carbajal, que era el superior de Díaz, quería fusilar a los 18 oficiales indefensos y sacó su pistola para tal fin. Con un grito de indignación, Díaz le quitó el arma de las manos al general y, con los ojos encendidos de ira, ordenó al asesino en potencia de los prisioneros que abandonara el lugar. Fue tal su horror de esa acción que no rindió el parte de la batalla a Carbajal, sino directamente al comandante en jefe, el General Ortega.

Este incidente fue la causa de que se tensaran las relaciones entre Carbajal y Díaz.

Un día estaba en Pachuca —dice el presidente Díaz— y, al entrar a un pequeño restaurante, encontré allí a algunos de los oficiales de Carbajal y a él mismo. Habían terminado de comer y se divertían aventándose bolas de migajón unos a otros. Uno incluso le tiró el contenido de un vaso de pulque a un camarada que estaba sentado a la mesa conmigo en el centro del salón. Parte del pulque salpicó cerca de mi plato. Esto agotó mi paciencia, entonces saqué mi pistola y la examiné. Carbajal habló y dijo, “Camarada, parece

que no le agrada esta diversión de los muchachos". Le respondí, "ah, no sé, pero no se sorprenda de que si siguen aventando bolas de migajón, yo varíe un poco el procedimiento disparando algunas bolas de plomo". En ese momento el general Traconis, quien había permanecido sentado en un rincón y al que no había visto se me acercó diciendo, "Porfirio, estoy con usted: éstos son una partida de rufianes". Los citados oficiales no contestaron y poco después tanto ellos como Carbajal salieron sigilosamente del restaurante.

Con ese elevado espíritu militar, Díaz regresó a su escaño en el Congreso. Allí tuvo que volver a soportar las payasadas del tipo de hombres que vibran, aunque no piensan. Una de las personas más responsables de quienes se han dedicado a hacer la crónica de las experiencias del héroe en el Congreso afirma que en ese período Díaz se percató de la vacuidad intelectual de ese tipo, medio político y medio actor, tan común en las asambleas públicas de los países latinos, el hombre de poses, dado a pronunciar frases. "Gesticula, habla a voz en cuello y llora. Es un gran muñeco mecánico. Sus palabras se dirigen tanto a la galería como a los colegas." En el Congreso de 1861, este fenómeno se veía en forma aguda. Los oradores no sólo increpaban a la galería, sino que entablaba una discusión con ésta. En ocasiones la galería se salió de control e impuso su voluntad a la Cámara.

La maestría de la labor de Díaz como gobernante, el conocimiento universal de su capacidad como constructor de la nación y las pruebas que se iban a encontrar en la paz y prosperidad de su país bajo la firme dirección que puede darle, incluso en su octava década, le da particular importancia a toda la experiencia política o gubernamental que influyó en la mente y carácter de este supremo líder latinoamericano, en un momento donde debe haber concentrado todos sus poderes de observación y reunido toda su inteligencia para intentar estudiar la ciencia de gobernar en un país donde el gobierno efectivo casi había dejado de existir.

Al veterano de tantas batallas le daba rabia oír que su victoria en Jalatlaco era objeto de bromas y abucheos en la galería. Sentía herido su

orgullo militar por tener que ocupar su sitio y escuchar las demostraciones insidiosas de los haraganes alborotadores o las frases rimbombantes e insulsas de los políticos engreídos y traicioneros. Por ello comenzó a ausentarse de las sesiones del Congreso y la ignorante galería se dio cuenta de su susceptibilidad.

Un día hubo una sesión tormentosa en la Cámara, la cual se describe en los relatos contemporáneos. El Ministro de Finanzas se levantó y dijo que despreciaba al señor Altamirano. Altamirano, poeta y ensayista, se puso de pie y declaró que despreciaba al Ministro. Sobrevino una tormenta de ruidosa vehemencia. El presidente de la Cámara se puso el sombrero y abandonó su mesa. El secretario de la Cámara se acercó a la mesa y pidió orden violentamente. Muchos diputados se levantaron y gritaron, “¡No tenemos libertad!” “¡Esto es coerción!” “¡Esto es intolerable!” Uno de los diputados solicitó que quedara asentado que él y sus amigos se retiraban porque carecían de libertad. Un huracán de alaridos, abucheos y silbatinas bajó de la galería.

Después se percibió que faltaban diez miembros para que hubiera quórum. Uno de los diputados gritó: “¡Sólo están ausentes los diputados de Oaxaca. Deberían llamar a los suplentes!”

En respuesta a este comentario sarcástico sobre Díaz y sus amigos, Justo Benítez, un abogado que fue compañero de escuela de Díaz y al que veía como si fuera su hermano, se puso en pie a toda prisa y dijo con voz vibrante de indignación: “No es verdad que todos los diputados de Oaxaca estén ausentes; nadie tiene derecho de vilipendiar a los ausentes o a los presentes. Ambos han cumplido su deber para con la república, no sólo en el Congreso Federal, sino en los días más lóbregos de la causa liberal.”

Otro diputado, Peña y Ramírez, opinó: “Propongo que manden traer a los ausentes, porque es la única manera legal de terminar con este escándalo. Obliguen a volver a aquellos que se marcharon so pretexto de que las demostraciones inocentes de la galería los privaron de libertad.”

Justo Benítez tomó otra vez la palabra. “La cámara —dijo— no deberá considerar como desaire la ausencia de un grupo de ciudadanos de mérito que han dejado libres sus curules, porque creen que el público

está ejerciendo una presión indebida en los debates de esta asamblea” [hubo gritos y silbidos de la galería].

Volteando a ver a la chusma ruidosa y pícara de la galería, que se divertía ridiculizando a los patriotas oaxaqueños ausentes, Benítez se dirigió a los rufianes. “¿Quién de ustedes —exclamó— está en posición de lanzar algún reproche a los generales Salinas y Díaz? ¿Quién de ustedes derrotó a Cobos una y otra vez en los campos de batalla de Oaxaca? ¿Quién de ustedes le ha dado a su país una victoria como la de Jalatlaco?”

Díaz no regresó a su escaño en el Congreso. Había oído la voz de un pueblo sin desarrollo, cuya mayoría provino en la antigüedad de sangres orientales, llamado al autogobierno conforme a una Constitución anglosajona. Había atestiguado el desarrollo de la capacidad y el temperamento mexicanos en las condiciones de una democracia irrestricta. Al fin había comprendido que el demagogo insensato, falso, vacío, pero con el don de la palabra y el gesto dramáticos, era un héroe dominante a los ojos del pueblo soberano, ya que vertía una perorata llena de retórica sin sentido pero emocionante sobre los derechos del hombre; mientras tanto al gran Juárez, aún hipnotizado por la noción de que las constituciones y las leyes pueden por sí solas producir poder, lo dejaron desamparado en su autoridad ejecutiva los elementos que sólo poseían la fuerza inerte de los números, a la manera de unas arenas movedizas que se hunden con el peso. Las formas democráticas no habían creado una nación con el pueblo mexicano desdichado.

Pero el general Díaz no era para estar ocioso. Con su brigada oaxaqueña se unió a las fuerzas del general Santiago Tapia, preparándose para luchar contra el general Márquez, quien con lo que quedaba de su ejército salvado en Jalatlaco y los refuerzos reclutados en Querétaro y San Luis Potosí, opuso resistencia en Pachuca. Díaz fungió como jefe del estado mayor. Avanzó a marchas forzadas y el 20 de octubre de 1861 expulsó a Márquez de la ciudad. El terrible general de los guerrilleros se retiró por un camino que conducía al Mineral del Monte y tomó posesión de tres cerros. A Díaz le ordenaron atacar esos cerros. Fue una batalla sangrienta, pero Díaz barrió a Márquez y sus fuerzas de sus posiciones, decomisando gran parte de su artillería. Persiguió al enemigo

cierta distancia y regresó al Mineral del Monte, dedicando cuatro o cinco días a enterrar a los muertos y atender a los heridos. Después volvió a la ciudad de México, aunque no al Congreso.

Aun en esos días, Juárez parecía ver el aura de un destino elevado en torno a la figura de un joven general oaxaqueño. Poco después de la batalla de Jalatlaco, una serie de oficiales del ejército visitaron al presidente en el palacio nacional, entre ellos Díaz. Fue una interesante escena nocturna. El estadista indígena se sentó a una mesa con su levita negra, la luz de la lámpara iluminaba su rostro moreno y serio, y brillaba en la botonadura, los galones de oro y la empuñadura de las espadas de los oficiales, quienes se apretujaban a su alrededor con ansia y reclamaban su atención. Díaz se mantuvo apartado, en silencio, con la mano en la empuñadura de su espada. Acababa de ganar una importante batalla y de obtener el rango de general, pero su porte no denotaba vanidad. Se le veía más sobrio y reservado que nunca.

Desprendiéndose del numeroso grupo impaciente que lo rodeaba, el presidente señaló a Díaz y dijo lentamente, con una mirada de señalada importancia en sus ojos negros brillantes: “¿Ven a aquel joven que está allí solo y sin pronunciar palabra? ¿Será mi sucesor!”

Don Félix Romero, ahora el venerable presidente de la Suprema Corte de Justicia, estaba presente en el salón cuando Juárez pronunció esta profecía. Dice que el presidente habló con voz fuerte y clara, como si la intención fuera que Díaz oyera sus palabras. El vencedor de Jalatlaco permaneció inmóvil, con una mirada de impenetrable reserva en su rostro curtido.